

01. El Horeb de nuestra vocación. El espacio y el tiempo sagrado

I. Meditación

La historia y la vida, tiempo y espacio de gracia.

El Dios de Jesucristo es el Dios de la historia. En el Antiguo Testamento descubrimos a Dios haciendo historia, metido en la historia del pueblo, escuchando los gritos del pueblo, llamando a los profetas para dar respuesta a esos gritos en su nombre. La vida y la historia del pueblo son ese Horeb en el que Dios llama a hombres y mujeres para que expresen su cariño entrañable al pueblo elegido y a la humanidad entera. Es en la vida y en la historia del pueblo donde se produce la llamada del que va a ser su enviado. Una vida y una historia, tanto la del pueblo como la de los elegidos, llena de ambigüedades, de grandezas y miserias, de gracia y de pecado. Pero es en ese espesor, en esa complejidad y en esa ambigüedad donde Dios atrae a los elegidos gracias a la luz de la zarza que anuncia, a pesar de todo, lo que esa vida y esa historia tienen de sagrado, son de gracia. Es en ese Horeb donde Dios hace y renueva constantemente su alianza con el Pueblo.

El pueblo vejado, oprimido y dominado grita a Dios. Moisés está exilado haciendo de pastor con el ganado del sacerdote de Madián. Dios ha escuchado el gemido de su pueblo y así se lo ha hecho redescubrir a Moisés. Dios le llama y le envía a ser signo de su justicia para con el pueblo oprimido. «Yo-soy-el-que-soy» envía a Moisés para que así le reconozca el pueblo en su situación y momento por el que pasa. De esta manera Moisés se convierte en la boca y en el brazo de Dios. Y Moisés es invitado en su historia y contexto (fugitivo, pastor, lleno de miedo y tartamudo) a «dejar a Dios ser Dios» y a que el pueblo (en su situación, historia y momento) haga lo mismo. Dios convierte así la historia y la vida en espacio y tiempo sagrado. Dios convierte así la historia y la realidad el «llamado», y la historia y la realidad del pueblo en mediación vocacional. Dios convierte de esta manera la limitación y la experiencia de opresión, que vive el pueblo, en gracia, en regalo liberador. Así es como aparece la vocación como experiencia e historia sagrada.

Pero esta misma realidad la encontramos también en los profetas: Dios llama a Isaías en un momento de mayor esplendor y tranquilidad que en recientes épocas anteriores. Pero el pueblo se ha olvidado de lo esencial. El lujo y el orgullo de la clase dominante, su codicia desmedida y las injusticias que comete son denunciadas por el profeta, pues no ve que esa situación se pueda compaginar con una vida religiosa, de intenso culto a Dios. En esta situación que vive el pueblo es llamado Isaías por Dios para revelar que la promesa de Dios no es una promesa incondicionada que se cumple sin tener en cuenta la actitud del pueblo y el rey. Exige una respuesta, y esa respuesta es la fe. Una fe que se manifiesta en una actitud vital de vigilancia, serenidad y calma y no en verdades abstractas y fórmulas vacías y huecas. Ante el enemigo, rodeando con sus tropas la ciudad, la fe consiste en permanecer en la

confianza a Dios. La fe no se compagina con la búsqueda de seguridades humanas, la firma de tratados ni buscando apoyos en el ejército extranjero. La liberación vendrá del mismo Dios que hará surgir al Nuevo Rey dentro del mismo pueblo. Por otro lado, Isaías recibe la llamada sabiéndose «hombre de labios impuros» y «en medio de un pueblo de labios impuros» (Is.6,5). En este contexto personal y colectivo es en el que Isaías hace esa extraordinaria experiencia de la transcendencia de Dios. Es ahí donde se manifiesta la santidad de Dios. Es ahí donde el profeta es iluminado y donde es purificado y consagrado. Así es como el tiempo y el espacio en el que Isaías recibe la vocación se pueden descubrir como tiempos y espacios de gracia de Dios para el pueblo y para el mismo Isaías.

Pero si Dios en el A.T. hace historia, salva al pueblo en la historia, en el N.T. Dios se hace historia, Dios se hace grito. Su Palabra se encarna y desde entonces nada de este mundo y de esta historia queda fuera del misterio de la Encarnación.

«De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo.»

Dios ha enviado a su Hijo al mundo. Este es el momento más sagrado de la historia, pues El ha venido a hacer la voluntad de Dios'', por lo que somos santificados. El se encarna en nuestra misma historia y lo hace de una manera concreta y en un momento concreto: «Nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes..»⁵ Invitados a subir constantemente a nuestro Horeb.

Invitados a subir contamente a nuestro Horeb

El Horeb de la vida y la historia

El Señor nos ha llamado también a nosotros y lo ha hecho en un momento concreto de nuestra historia y en un contexto determinado, tanto personal, como social de nuestro pueblo.

Tanto esa historia, como ese contexto, son para nosotros espacio y tiempo sagrados. Dios ha intervenido en esa historia y en esa vida y es, desde ahí, desde donde podemos reconocerla como nuestra zarza sagrada.

Nuestra vocación es un signo más de que Dios sigue actuando en la historia, haciendo de la misma, historia de salvación.

La vocación es experiencia religiosa que nos invita a acudir constantemente al Horeb en que se realizó tal experiencia. Pero no acudimos a ella como si de una repetición cíclica se tratase, sino que acudimos a esa experiencia para revivirla, para desarrollar la gracia que recibimos, pero desde cada momento actual de nuestra existencia. Hemos de acudir a la vida siempre y permanentemente para escuchar los gritos de los hermanos y los gritos del Espíritu que constantemente nos llaman, nos interrogan, nos invitan a encontrarnos ahí, siempre de nuevo, con el Señor. Responder a esta llamada es rehacer nuestra experiencia vocacional fundante que nos llevó a reconocer: «El Señor estaba ahí y yo no lo sabía».

El acercarse a la vida de los hermanos y de nuestro pueblo, el estar atentos a los gritos del Espíritu en

la realidad histórico-espacial no se puede hacer de cualquier manera si queremos descubrir ahí al Señor y encontrarnos con él. Hemos de hacerlo con respeto, dejando que sea la misma vida quien se exprese, quien se revele. Hemos de hacerlo sin prejuicios moralistas y ideológicos. Hemos de hacerlo acogiendo la invitación del Señor: «Descálzate porque la tierra que pisas es Santa». Hemos de hacerlo en un clima de oración. Hemos de hacerlo desde las Escrituras, que son la clave de sentido de ese espacio sagrado y la clave de interpretación de la presencia del Señor en la historia. Son las Escrituras quienes nos dan una inteligencia especial para descubrir la vida como espacio sagrado y la historia, como tiempo de salvación.

El Horeb de la Palabra de Dios

La Palabra de Dios, esa carta del Padre a nosotros sus hijos, nos revela siempre y en primer lugar el corazón de Dios, su cariño entrañable, sus sentimientos hacia nosotros, el derroche de amor para con sus hijos. Pero también nos manifiesta el proyecto que el Padre tiene para la familia, para la casa, para el hogar. La Palabra de Dios no son palabras que Dios dice, sino la Palabra que de sí mismo, y de sus hijos, dice Dios. Para nosotros, como cristianos, la Palabra de Dios es una persona: El Hijo amado. La Palabra de Dios son sus entrañas hechas carne en la que nos revela su intimidad y nuestra intimidad, su proyecto (Jesucristo) y el proyecto liberador que tiene para nosotros (Jesucristo). La Palabra de Dios es su Hijo, el único nombre en el que podemos ser salvados.

Nuestra vocación tiene su fuente, su desarrollo y meta en la Palabra de Dios hecha carne. Nuestra llamada ha tenido lugar en el Horeb de la Palabra de Dios. Toda vocación lleva consigo una manifestación de la intimidad de Dios, un descubrir el proyecto de Dios sobre nosotros, sobre los hermanos y para los hermanos; una manifestación de su intimidad y un proyecto que se convierten en «invitación para una respuesta». Pero al ser Palabra de Dios en la historia y Palabra de Dios encarnada, nos exige escucharla en la historia y acogerla en la vida. La Palabra de Dios, siempre llamada e invitación, nos exige respuesta en la historia y respuesta para la vida.

La invitación a ir constantemente al Horeb de la Palabra de Dios desde el hoy de nuestra existencia, y desde la historia de la experiencia de los hermanos, nos urge a situarnos ante ella también con todo el respeto, sin manipulaciones y con objetividad porque es «la zarza sagrada». Hemos de acercarnos a ella con una actitud del discípulos. Hemos de entrar en ella comulgándola. Subir al Horeb de la Palabra supone para nosotros abordarla desde la Iglesia, en la Iglesia y como miembros de la Iglesia. Es en el Horeb de la Palabra donde podemos descubrir, discernir y encontrar caminos de respuesta a la llamada del Señor. Es la Palabra el único Horeb donde podemos descubrir los caminos que Dios abre aún en el desierto. Es la Palabra quien nos hace descubrir que en medio de la noche de la vida y de la historia se abre siempre un nuevo Pentecostés.

Bajar del Horeb al país de la esclavitud

La vocación es llamada para la misión siguiendo las huellas que nos marca el proyecto de Dios (Jesucristo). La llamada recibida en el Horeb de la historia y de la Palabra es siempre invitación a bajar del Horeb para encaminar nuestros pasos al país de la esclavitud donde se gestionan los gritos del pueblo y ser, ahí mismo, signo de la respuesta de Dios a los hermanos que gritan. Bajar del Horeb significa hacer del país de la esclavitud espacio y tiempo liberador. Significa hacer lo posible para que ahí, en medio de la esclavitud y del pecado, «Dios siga siendo Dios» rompiendo las cadenas y

derribando los muros de la separación. Responder «sí» en Horeb permanente en el que todos podamos dar culto a Dios en justicia y santidad. Convertir la tierra encadenada en espacio sagrado significa hacer posible que el nombre de Dios sea santificado. Reconocer el espacio y el tiempo de la vocación como espacio y tiempo sagrados lleva consigo vivir la respuesta como seguimiento y misión hasta hacer de todo el mundo, y de toda la humanidad, Nueva tierra, Nuevo pueblo, Nuevo Horeb. Esta es la misión del Enviado, del Hijo. De esta misión participan todos aquellos que descubren en su vocación espacio y tiempo sagrados. Tiempo y espacio de gracia.

II. RESONANCIAS

Oración a partir de la vida

- Leer el testimonio siguiente en un clima de oración:

«Lo que Dios ha purificado no lo llames tú profano»

Jesús es un joven trabajador que vive en Vallecas, un barrio madrileño. En el mes de junio de 1.990 recibió, junto con Inés, el sacramento de la confirmación. El sacramento, como es lógico, se celebró en el contexto de la pequeña comunidad cristiana de la parroquia. En el momento oportuno, los dos jóvenes que se confirmaban fueron invitados a expresar su experiencia y testimonio ante la comunidad reunida. Jesús empezó diciendo: «Que ciego he estado, Señor, para tardar tanto tiempo en reconocerte. ¡Lo que me he perdido durante tantos años! ... » Y, a partir de ese momento empezó a narrarnos su proceso de conversión, de evangelización, su vocación. Al final a penas pudo terminar de narrar su experiencia. A pesar de ser un joven poco propicio a la turbación, en esta ocasión se emocionó y consiguió que la comunidad le acompañase en este sentimiento.

Jesús había estado hasta hacía seis años militando en un partido marxista leninista, de esos que no desprecian el acariciar las armas. Jesús vivió el odio y militó a favor de la destrucción de la Iglesia. «El odio a la Iglesia, a los curas y las monjas lo tenía metido dentro -nos dijo un día-. La Iglesia era para mí un colectivo más contra el que había que ir, como si de un mera multinacional opresora se tratase». Cuando narra su conversión, nunca aparece nada extraordinario en sus orígenes. Solo se va notando como poco a poco va tomando conciencia de su situación, de su vacío y cómo empieza «a dar pasos a la casa del Padre» -como dice él mismo-. Su proceso es largo, pero, como sin darse cuenta, enseguida nos señala el momento del abrazo con el Padre y los hermanos, y nos sitúa todos celebrando la Fiesta. Desde que se le conoce en su proceso de conversión, se le identifica como «el abogado de causas perdidas» llevando en su corazón y a sus espaldas a alguien mucho más pobre que él. En «su zurrón» viejo y roto lleva un libro de salmos y alguna dirección de algún hermano o de algún colectivo pobre con el que se ha solidarizado y con el que se ha comprometido.

Desde la imprenta en la que trabaja y desde el barrio con sus amiguetes y «colegas», a los que quiere hasta el extremo -todos ellos bien lejanos de la Iglesia-, un día empezó a descubrir en su corazón que la llamada al sacerdocio, como expresión y concreción del servicio radical al que se sentía urgido por parte de Dios, no podía dejarla sin respuesta. En más de una ocasión le he oído decir: «es necesario que estos hermanos pobres y oprimidos tengan cerca a alguien de ellos mismos que crea en Jesucristo y que se entregue a ellos desinteresadamente». En el mes de septiembre de 1.990 ha empezado su formación al sacerdocio. Está loco de alegría y me consta que sigue llevando en su corazón a sus antiguos

compañeros de trabajo, a sus camaradas de partido, a su «colegas» y a sus amiguetes del barrio. Le duelen las entrañas al ver «lo ciegos que están». Y aunque no lo puede justificar, los entiende porque él estuvo también ciego durante muchos años.

Acude a ellos con frecuencia, como a ese monte Horeb en el que Moisés escuchó la llamada del Señor. Jesús, al hacer referencia al momento de su conversión y vocación, en el contexto de la comunidad cristiana, revivió su experiencia religiosa. Aquel momento y espacio sagrado, una le turbó y la emoción pasó a toda la comunidad como elemento religioso de la experiencia en la que todos estábamos. El acudir a su Horeb en el Horeb de la comunidad que era la Eucaristía que celebrábamos, fue más consciente de la experiencia que había hecho en su montaña sagrada. Es decir, se hizo más consciente de la experiencia y del momento sagrado que hacía un tiempo había vivido. Revivió de una manera especial su el momento en el que fue llamado, el espacio en el que fue llamado. En su narración entró como de puntillas en aquella historia y en aquella vida personal y colectiva en la que el Señor le había salido al encuentro.

En los últimos años, antes de empezar su formación en el seminario, empezó a estudiar teología donde conoció a compañeros de muy distintas ideologías a la suya. Pero he descubierto el cariño que les tiene y cómo los acoge, a pesar de las diferencias. «Mi absoluto antes era una ideología. Ahora es Cristo, aunque la ideología no es tan mala como muchos dicen. Lo que pasa es que no toda ideología es «compatible» con el Evangelio y todas las ideologías han de ser «cuestionadas» por la Palabra de Dios».

A partir del testimonio hacer memoria, contemplar y narrar nuestra vocación descubriéndola como tiempo y espacio de gracia, como experiencia religiosa.

Dejar reaccionar nuestro corazón en esa contemplación (acción de gracias, diálogo con el Señor, etc.)

¿Cómo voy alimentando esta gracia a lo largo de mi vida?

¿Qué importancia le doy desde mi experiencia vocacional al Horeb de la vida y de la Palabra?

¿En qué medida, en mi respuesta a la llamada de Dios, tengo presente la vida y la historia de los predilectos del Señor (los más pobres y pecadores según el mundo)?

¿Qué lectura hago de sus vidas y de mi propia vida a partir de la Palabra de Dios?

Para la reunión reflexión comunitaria

¿Cuales son los gritos de nuestro pueblo, de los colectivos y ambientes a los que has sido enviado?

¿Cómo esos gritos los descubres como nueva llamada del Señor teniendo en cuenta el carisma de tu Congregación?

Lectura de Ex. 3: 1.- Contempla el corazón de Dios escuchando los gritos del pueblo. 2.- ¿Cómo Dios quiere dar respuesta a esos gritos a través de tí? 3.- ¿Qué pegos, dificultades y trampas descubres en tu vida y que están impidiendo una respuesta a esos gemidos de los hermanos? 4.- Pide al Señor que te conceda la gracia de vivir el encuentro con esos hermanos y esos acontecimientos como experiencia espiritual, como espacio y tiempo sagrado desde donde renovar tu vocación.

Leer el texto de Jer. 1 (sitúa la vocación de Jeremías en el contexto e historia del pueblo y en su

momento personal. Para esto te puedes ayudar de algún comentario bíblico o de las sencillas introducciones que traen las Biblias a los libros proféticos; por ej., la Biblia de Jerusalén).

Fíjate en la mirada de Dios sobre Jeremías (a partir de lo que dice el texto). Haz de este trabajo espacio de oración.

Observa el corazón de Jeremías y la experiencia religiosa que hace: su reacción, sus dudas, las pegas que pone a Dios, su respuesta. Completa esta contemplación con Jer. 15,10-21 y 20,7- 18 .

En tu experiencia vocacional ¿qué signos te indican que es «espacio y tiempo de gracia»?

Reacciona desde lo más profundo de tu corazón ante el Señor que te ha llamado.

Manuel J. Barco, Manuel J. Barco

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/01-el-horeb-de-nuestra-vocacion-el-espacio-y-el-tiempo-sagrado